

para todo esto no es otro que la entera obediencia al Director: Procure que estén prontas á la defensa y con las armas en la mano; mostrándose tanto más generosas y constantes en rechazar los asaltos, cuanto fueren estos más persistentes y terribles. Anímelas el Director con la esperanza del triunfo, con la grande gloria que dan á Dios y el premio que obtendrán en el cielo. Que esas tentaciones les sirvan para humillarse y aniquilarse del todo delante de Dios y se pongan enteramente en sus manos. Por lo demás no sea fácil el Director en creer que tales almas caen con más facilidad durante este período de tentaciones; pues Dios las asiste con particular providencia; y el Director para ayudarlas á resistir trátelas con caridad de padre; y aunque tenga que reprenderlas por faltas ligeras, hágalo siempre con suavidad y dulzura. No las consuele señalándoles como próximo el fin de sus penas; ni con las suavidades de la contemplación á que Dios tal vez se digne llamarlas; dígales sí, que todo lo sufran por agradar á Dios, por satisfacer sus pecados y adquirir el cielo; ordéneles que le hablen con toda franqueza sin dejar ninguna cosa por comunicarle; y lleno de bondad, inspíreles toda confianza.

CAPITULO IX

Purificaciones del sentido. — Purificaciones del espíritu.

Otro de los medios de que Dios se sirve para purificar á sus siervos en la parte sensitiva, es la enfermedad corporal que les manda con una singular providencia; ó bien la pérdida de algún sentido ó de algún miembro.

Pertencen también á la purificación de que hablamos, la pérdida de los parientes más cercanos ó de los más queridos amigos. Asimismo, las murmuraciones y desprecios que los siervos de Dios tienen que sufrir, la infamia y aún los padecimientos corporales, como golpes, azotes, cárceles y otros varios. Estos sufrimientos son más sensibles cuando vienen de nuestros parientes ó domésticos, de los amigos, de los siervos de Dios y aun del mismo confesor.

A las personas que sufran tales padecimientos, el Director á fin de sostenerlas, exhórtelas á la paciencia, proponiéndoles por modelo á Jesucristo que padeció tantos dolores, y que fué injuriado, blasfemado y hecho el oprobio de los hombres. Aconséjeles que cuando sean calumniadas, si bien pueden disculparse con humildad y modestia cuando lo quiera la gloria de Dios; pero que no sean fáciles en ha-

cerlo; ni se quejen ó murmuren de quien asi las hace sufrir. Tal vez al confesor le toque alguna parte en estos sufrimientos; en este caso practique los consejos que da á sus penitentes y continúe dirigiéndolas lleno de caridad y de constancia; aunque estas purgaciones duren por muchos años; para no errar, pida frecuentemente al Señor la luz que necesita.

Las almas que se portan con fidelidad en estas purgaciones recogen los más preciosos frutos de gracias y virtudes: una humildad profundísima y despego de todo consuelo celestial ó terreno; la elevación de las virtudes teologales y morales y una gran libertad de espíritu con suave y deliciosa contemplación. Estos grados de contemplación no se reciben sin sufrimiento ó lesión corporal; porque los sufrimientos de que hemos hablado hasta aquí, no purifican perfectamente la parte sensitiva; lo cual está reservado á la purificación del espíritu. Entonces se reciben no sólo sin daño corporal, sino con grande fortaleza.

Pasamos á hablar de las purificaciones del espíritu que Dios reserva para las almas que tiene destinadas á la unión transformativa; y que les son indispensables para impedir cuanto es posible en esta vida, los actos imperfectos, las inclinaciones defectuosas y las debilidades del espíritu, como la versatilidad de la mente, que se aparta con facilidad de Dios, su poco discernimiento espiritual, el amor propio no humillado enteramente, el apego á las gracias

de Dios, y alguna complacencia y presunción por esas mismas gracias; y otros muchos defectos que viene á combatir la purificación del espíritu. Las purificaciones del espíritu son incomparablemente más atroces que las del sentido; las personas que las han padecido las comparan á las penas del infierno. Santa Angela de Fulgino dice que las habría conmutado con todas las enfermedades, todos los dolores, y todos los males que padecen en sus cuerpos, todos los hombres juntos, y con toda especie de martirio el más cruel. Estas purificaciones las sufren algunas veces las almas delpués que ha pasado algún tiempo de haber terminado las del sentido; otras veces se sufren simultáneamente.

El primer medio purgativo del espíritu es la sequedad espiritual que consiste en la privación de todo consuelo de puro espíritu. El alma en este estado no tiene la luz refleja por la cual sirviendo á Dios conocería que le sirve; y en esto no tiene alivio ni consuelo. Esta purificación es suficiente á las almas á quienes Dios destina únicamente para algún grado de oración inferior: v. g. la de quietud infusa; mas si Dios las destina á la unión mística y perfecta de amor, las purifica además, con una luz altísima que penetrándolas de un amor penal, las pone en affixiones extremas y en tormentos interiores de muerte; las halla indispuetas y en vez de alumbrarlas las obscurece; y lejos de consolarlas las atormenta, llenándolas de

grandes penas en el apetito sensitivo, y de graves angustias y affixiones horrendas en todas las potencias espirituales. Esa luz purísima les descubre á Dios, pero de lejos; y aquellas almas quedan traspasadas de agudísimo dolor, porque no le poseen. Esa luz les descubre sus pecados que las han alejado de Dios; y engendra en ellas profundísimo dolor y tristeza; mas una vez purificadas, ella misma las unirá con Dios Nuestro Señor.

La luz produce espesas tinieblas en virtud de su excelencia y pureza y á causa de la debilidad é imperfección del alma que la recibe; así como también la viva luz del sol deslumbra y oscurece la débil y enfermiza vista que lo contempla un instante. Por otra parte, los pecados y miserias que el alma descubre, aumentan sus tinieblas, así como también su terrible affixión; pues conoce lo que es por sí misma y cuanto ha ofendido á la Bondad divina; y se affige sobremanera pensando que Dios la ha arrojado de sí; que no volverá á recogerla en su seno; y pareciéndole como imposible que el Sumo Bien pueda amar á una criatura tan miserable y tan abyecta; y como ella le ama con un amor apreciativo muy elevado y ardiente, aquellos pensamientos le causan terrible y agudísimo dolor.

En el tiempo de esta purificación, la memoria sólo presenta al alma los objetos penosos que pueden angustiarse: los favores sobrenaturales que ya pasaron, y que según cree, jamás volverán, y todos sus pecados, y la angustia que

al presente la atormenta. A su vez el apetito sensitivo recibe todas las penas de la parte superior del alma: las tinieblas del entendimiento, las affixiones de la voluntad, y las angustias de la memoria van finalmente á descargar en el apetito sensitivo.

Esta luz purificativa, despoja en cierta manera las potencias racionales y sensitivas de sus propios actos. El entendimiento sólo ve sus males y miserias y no se divierte ni distrae en otros objetos; la voluntad queda sumergida en afectos que la llenan de angustia y no atiende á cosa alguna que pueda consolarla. El alma ciertamente no ha perdido su libertad; pero sólo con suma dificultad puede practicar sus actos. Esto mismo pasa respecto de la memoria que sólo presenta recuerdos de dolor y de amargura. Lo mismo el apetito sensitivo queda despojado de todos sus afectos: árido y seco para las cosas santas y despegado de las cosas terrenas. Añádase á estas penas que el alma no halla consuelo ni aun en la dirección y consejos del confesor; porque Dios así lo dispone; y si su Majestad les manda el consuelo algunas ocasiones, lo hace para vigorizarlas y prepararlas á nuevas y más terribles affixiones que las purifiquen más y más y las dispongan á la unión perfecta de amor.

Tales affixiones y padecimientos son indispensables para la unión; porque ésta es un favor extraordinario y una gracia de santidad incomparable; y por lo mismo es necesario que

el alma se disponga por medio de un abatimiento profundísimo, que aniquile completamente su propia estimación, cuanto sea posible en esta vida; lo cual se consigue por medio de la purificación del espíritu; que viene á perfeccionar la del sentido, abatiendo de mil maneras el amor propio, y entregando el alma enteramente en manos de Dios; la cual no por esto pierde el mérito en sus obras, que serán tanto más agradables al Señor cuanto menos se hagan con consuelos y motivos humanos, y cuanto sea más entero el sacrificio que se hace en manos de Dios; mortificando la actividad y vivacidad de las potencias para que no impidan y retarden las operaciones de la gracia y del amor divino en que el alma está inflamada, aunque al principio de su purificación no lo sienta, sino en su progreso por medio de un ardor ansioso, vivo y penetrante que enciende en ella llamas ardentísimas que le hacen pensar en su amado y desearle de mil maneras, y buscarle en todas sus obras, pensamientos y palabras, y en todo tiempo y lugar; y siempre en movimiento aspirando á unirse con El.

Esto sucede porque las potencias del alma y el apetito sensitivo y la voluntad hállanse como en ayunas privadas de todos afectos; por esto prende en ellos con tal ardor la llama del amor divino. El entendimiento está fijo en la vista de sus males y como envuelto en tinieblas; y el alma llena está de temor de ser abandonada de Dios; y el grande amor que le tiene la i-

nunda de indecibles amarguras; y aumentan sus padecimientos en proporción de sus temores de amar y no ser amada de su Dios; y sin embargo de estos temores, se lanza hacia Dios, le busca con ansia y no descansa un instante.

A este amor de la voluntad durante la purificación, se une alguna luz plácida y serena del entendimiento, que produce un amor fuerte y suave á la vez que le hace sentir alta y deliciosamente de Dios; esto tiene lugar hacia el fin de la purificación.

Nótese que la inflamación en los afectos suele preceder en la voluntad, que no son continuos, sino que se conceden en diversas ocasiones; y que son mucho más elevados y perfectos que los que se experimentan en la purificación del sentido; porque éstos tienen lugar en la parte sensitiva y aquellos en el espíritu.

Si se presentase alguna persona llena de tinieblas y de angustias, el Director para conocer si se halla en la purificación del espíritu, observe lo que ha precedido á esos padecimientos, esto es, si ha pasado por las purificaciones del sentido y ha adquirido sólidas virtudes; si después ha recibido comunicaciones dulcísimas del espíritu, adelantando con esto en la perfección de las virtudes. Si durante las tinieblas y aflicciones sólo contempla sus miserias é imperfecciones sin poder meditar ó contemplar; y si esto le causa una pena profundísima, naciendo del dolor de haber ofendido á Dios, del temor de que lo tiene por contrario, y de que El le

abandone. Observe también si ella tiene un amor estimativo de Dios que por agradarle daría mil vidas; si está muy atenta en no ofenderle y muy solícita en darle contento; si en las persecuciones y calumnias no siente el agravio porque está absorta en las penas de su espíritu; si en el progreso de la purificación siente los ardores de un amor ansioso y vulnerante, pero esto en el espíritu. Habiendo estas señales puede creerse que la persona está en la purificación del espíritu. Observe también si es amante de padecer su penitente y si lleva con gusto la cruz del sufrimiento. En tal caso será mayor la seguridad.

Para que el alma pase con seguridad su purificación, es necesario que abrace voluntariamente aquellas penas con paz y llena de amor; considerando lo que Jesucristo padeció en su pasión y principalmente en el Getsemaní. El Director anímela con este ejemplo y enséñela á sujetársele en todo; y cuando sus pecados la desalienten ó la orillen á la desesperación, oblíguela á que haga muchos actos de esperanza, aunque le parezca que ya está condenada. No le permita hacer confesión general, pues no hay necesidad, ni el que se retire de la comunión; sino mándele que la reciba con mayor frecuencia.

Estas almas deben ser tratadas con gran suavidad y dulzura, desvaneciéndoles sus temores de que Dios las ha desechado. En vez de aumentarles las penitencias corporales, conviene

disminuírselas; porque ya Dios las affige en gran manera. Mas cuando el Señor las ilumine y consuele en medio de la purificación, procure el Director que el alma todo lo reciba con sobriedad, y conservándose indiferente para dejar ó tomar los consuelos cuando Dios quisiere.

Si pasada la purificación el penitente se conserva en la práctica de las virtudes, y sobre todo en una humildad profundísima, puede creérsele cuando refiera los favores que recibe del Señor; y si después cayese en algún defecto ligero, no se sorprenda el Director, sino humíllelo, y haga que desconfiando de sí mismo, reanime su fervor poniendo toda su confianza en el auxilio de la gracia.

Hay otros medios purgativos del espíritu de que Dios se vale para llevar á las almas á la perfecta unión; estas son las heridas amorosas que se hacen en el mismo espíritu; pero dolorosísimas que purifican y disponen para la unión; y que son distintas de las que en esta misma unión se conceden y que están llenas de suavidad y de dulzura. Las de que ahora hablamos, consisten en un toque encendido de amor que en un momento eleva el alma á la posesión de Dios que se le hace presente y que en el mismo punto se le esconde. El toque la abrasa en llamas de amor; pero Dios al escondérsele la deja traspasada de dolor agudísimo que no puede expresar; y que es tanto más penetrante, cuanto fué más ardiente el amor producido por el toque divino.

Este dolor, dice Sta. Teresa, hace prorrumpir en grandes gritos, aunque la persona sea paciente y acostumbrada á sufrir grandes dolores; y aunque la herida se hace en el espíritu queda el cuerpo sin sentido, sin pulso ni calor. Es de notar que á pesar de esto, tales heridas son al mismo tiempo tan deliciosas, que el alma no querría estar sin ellas.

El amor que encienden consume cuanto hay en ella de terreno, y sale de sí y pasa á un nuevo modo de ser. Estas heridas son como saetas de fuego que el alma no puede evitar; pierde el uso de los sentidos externos, queda suspensa en las potencias é incapaz de pensar en otra cosa que en la causa de su dolor. Esta herida á veces pasa brevemente y otras dura por horas enteras; mientras está abierta desmaya el alma por un deseo penetrante y penoso por ir á gozar de Dios, y desea la muerte y muere por deseo de morir; pues no quiere otra cosa sino vivir con Dios.

Hay otro medio que purifica el espíritu que consiste en un deseo agudísimo y penosísimo de Dios ausente que reduce al alma que le ama á las agonías de la muerte. Este deseo la eleva sobre sí misma y sobre todo lo criado y la pone en una inmensa soledad donde no hay nada terreno y donde sólo Dios se le representa muy lejano. Aquí Dios se le comunica no para consolarla, sino para mostrarle la causa que tiene de afligirse por no tener consigo aquel bien que en sí contiene todos los bienes; el de-

seo de Dios produce una agonía de muerte. Sta. Teresa en este desmayo mortal perdía los sentidos y el pulso, y sentía que se le dislocaban los huesos de los brazos, se le ponían yertas las manos, creía morir y alcanzar el objeto de sus penosos deseos; y estimaba más esta amorosa agonía que todas las otras gracias que Dios le había comunicado.

Entre las heridas dolorosas y los desmayos mortales de amor, hay las siguientes diferencias: la herida se hace en un instante; pero el desmayo aunque llega de improviso, se aumenta poco á poco hasta el deliquio mortal. Para la herida de amor concurren el don de entendimiento y el de sabiduría; para el desmayo sólo el don de entendimiento.

Las heridas y desmayos ó deseos mortales son medios de purificar el espíritu y lo disponen para la unión perfecta y estable con Dios; pues este es el objeto que el Señor tiene con las almas que ha destinado para la unión mística con su Majestad.

